PQ7499
.D7
F3
1915

FARANDULA SENTIMENTAL (CUENTO PARA MUJERES)

PQ7499
.D7
F3
1915

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7499
.D7
F3
1915

a 00003 211189

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
AUG 19 1997			
	AUG 20 1997		
SEP 19 1997			
	SEP 07 '97		

Form No. 513, Rev. 1/84

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/farandulasentime00drag

59/39
20.00

ADOLFO DRAGO-BRACCO

FARANDULA SENTIMENTAL

(CUENTO PARA MUJERES)

PQ7499
.D7
F3
1915.

-1915-

TIP. DE MARROQUIN HERMANOS
"CASA COLORADA"
6ª Avenida Sur, Número 23.—Guatemala.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

DEDICATORIA

A MI MADRE

DEL AUTOR A SU LECTORA

Esto que vas a leer, Lectora, no es ni una novela corta ni un cuento largo, es sencillamente, un paso de comedia. ¿Por qué? Porque la vida es la comedia eterna y cuando hay en ella sangre, no merece tampoco ser drama, cuando más, puede ser tragicomedia.

PRELUDIO

CLARA la noche es y hay en los cielos una argentada deshojación de margaritas blancas que pintan su pincelada brillante sobre la líquida turquesa, líquida por lo pura y lo serena.

Pródiga la noche es en cantos misteriosos que despiertan en el alma—romera de idealismo y de belleza—sensaciones deliciosas de ternura y de paz.... En la atmósfera se respira un olor delicadísimo a jazmín, a violeta, a madreselva; un raro olor que tiene mucho de sabor a labios femeninos. Un surtidor, entre la paz callada del jardín, desgrana la melodía argentina de sus notas y es cada hilo de agua como un conductor de melancolía. El alma se va llenando lentamente—como el gran tazón de mármol de la fuente—de un bienestar inenarrable, de algo gratísimo jamás sentido en una noche igual....

De los vecinos árboles, los pájaros, a quienes la luz suave de la luna engaña cándidamente, modulan algunos trinos en voz suave como si temiesen despertar a la Madre Tierra, que está dormida bajo el gran dombo del azul infinito.

El cuco canta melancólicamente las tres de la mañana, su canto despierta en nuestra mente noches de insomnio iguales a ésta aunque no tan bellas. Una margarita bajo el beso de un cefirillo que pasa cautelosa, deja caer la inmaculada blancura de sus sedeños pétalos, temblando queda uno unido al botoncillo de oro. ¿Es un sí?—Contesta, oráculo de amores ignorados—¿Es un no? ¡Quién pudiera saberlo....! Por detrás de un monte lejanísimo una estrellita pintó una línea blanca. Se ha fugado una estrella. ¿Qué alma tendió su vuelo al no ser? ¿Qué mujercita musitó algún deseo? Es poético el raudo correr de las estrellas por sobre el cielo azul.... Es

dulce la creencia supersticiosa de los buenos amantes que se piden mutuamente sin hablarse una infinita variedad de cosas....

Noche invernal de brujas y poetas, noche de los Romeos y de las Julietas.... noche protectora de los largos besos de amor bajo las enredaderas de cándidas campanas, noche—hada mágica—encubridora de crímenes y glorias, noche de adoraciones y temores.... Di ¿Cuántos labios de virgencitas blancas como la doña Inés del bueno y galante de don Juan, empalidecen en este mismo instante bajo la caricia asfixiante de unos masculinos labios rojos?.... ¿Cuántos corazones laten al escuchar el suave cantar del cuco, pensando en la dolorosa pero cercana hora de la separación?

¿Cuántas cabecitas locas — como el agua de la fuente — y bellas — como la gran melancolía de tu alma—tejen ahora, sobre la almohada de encaje, la ur-

dimbre encantadora de sueños irrealizables....?

Alguien canta, a lo lejos, tras las maderas toscas de un extraño y enorme carretón una bella romanza, cuyas notas vibrantes y claras se pierden con divinas vibraciones en la serenidad de lo lejano:

"....Blanca y pálida luna:
soy un hombre sin fortuna
que está herido de un querer....
Luna blanca, luna blanca
dónde estará la mujer
que me robó el corazón?...."

La voz—hombruna—cantaba metálicamente haciendo latir cada una de las cosas.... Bellísima la canción cantada con mucho sentimiento.... ¿Por qué sonarán tan bien las cosas que se oyen en esas nochecitas claras de abril y mayo?... El Poeta no se lo puede explicar y calla.

Canta surtidor, canta, puebla el aire con la melancolía sutil de tus cantares, desata tu blanca cabellera—¡oh, Luna!

—y deja que tu luz sea como un resurexit en esta noche blanca.... Suelta, grillo, la nota chillante de tu violín sonoro mientras la hermana araña hila pacienzuda y feliz su rueca de invisibilidad misteriosa y atrayente....

Cuco, agorero cuco de las noches eternas, canta tu canción.... canta....

Por sobre las montañas lejanas una mano invisible traza un pincelada rosa. Aurora la bellísima se asoma.

Amanece.

PRINCIPIA LA COMEDIA

I.

EL carricoche de la farándula se yergue, como una nota gris entre la verdura alegre y riente del jardín, que ha despertado en un temblor de modulaciones y de trinos como bajo un conjuro mágico. El surtidor desgrana su cancioncilla monótona y humilde mientras en el tazón de mármol, que finge la corola de una azucena enorme, los gentiles pececillos de colores se mueven alegre y raudamente. Sobre las ramas de un cedro altísimo, un ruiseñor modula una salutación al padre Sol, que pinta toques bermejos sobre todas las cosas...

Es una riente mañanita de Abril toda llena de amor de Dios y de dulzura, una clara mañanita llena de luz y de deseos de vivir, que está pidiendo a gritos una

alma buena que goce con todas las bellezas que promete y que prodiga.... El alma, admiradora de la diáfana claridad de la mañana, aparece como divina maga que surgiera por fuerza del conjuro. Es una mujercita que parece arrancada de alguna tapicería antigua. Fina, elegante, de un andar menudito y saltarín; grandes ojos azules bajo los cuales, y sobre la blancura mate de la piel, resalta el livor de las ojeras profundas y grandes, como de cansancio o de desvelo.

La mujercita se acerca ligeramente al surtidor, llevando recogida la falda blanquísima, con una manecita de abadesa—por lo blanca y por lo fina—y mostrando al andar unos piececitos de Cenicienta, dignos de la milagrosa Chinelita de Cristal....

Colombina,—que así se llama la gentil desconocida—ha salido del carro farandulero y viene a traer, en un jarrón de loza, un poco de agua para que los otros,

algo más perezosos que esta madrugadora diligente, encuentren pronto todo lo necesario para guardar el divino precepto de la higiene.

Colombina — que apenas podrá tener dieciocho años y ya es una mujercita que piensa hondamente todos los actos de su vida — se pone a reír locamente al ver cómo se escapa de entre sus manos de muñeca una gentil libélula violeta, que, a manera de una ilusión fugaz, pasó rápidamente y se ha ido a perder a lo lejos. La carcajada que puebla el jardín todo de gorgeos, se rompe instantáneamente entre la flor sangrienta de sus labios, sin que la así repentinamente ensombrecida, sepa la causa.... ¿Será verdad, como dicen, que las libélulas son la muestra más exacta de las ilusiones, que, como aquéllas, pasan y se van, lejos, demasiado lejos — ¿quién sabe a dónde? — sin que jamás se puedan recobrar....? ¡Bah! Colombina, tiene un gracioso mohín de

desprecio para el inventor de la frase pesimista y deja brotar de nuevo el suave arrullo de su risa, que hace vibrar su pecho — de virgen pudorosa — como si bajo el corpiño aleteasen dos palomas.

Colombina es feliz. Anoche, mientras el jardín estaba más silencioso, Pierrot, su amigo —el humilde payaso farandulero que con ellos viajaba—había entonado, al pie de la ventanita microscópica, una dulce canción....

¿Por qué le gustarían a ella tanto las canciones? Si algo pudiera ella desear en este mundo, hubiera sido: ser pájaro.... ¡Qué dulcemente embobada pasábase las horas oyendo cantar a dos canarios suyos. ¡Recordó, en este punto, y, vuelta bruscamente sentimental, sin transición preparatoria, en cómo sus manos entreabiertas discretamente primero y francamente después las maderas del ventanillo y cómo oyó, ya no en romance sino en prosa llana, la confesión que el bueno de Pierrot hiciera plena...

"Sufro —habíala dicho —sufro horriblemente, cuando pienso que talvez nunca podrás ser mía. Duéleme el corazón cada vez que veo entreabrirse tu boca para sonreír a alguien y, aunque ya varias veces te lo había querido decir, las palabras regresaban de mis labios a esconderse de nuevo al corazón porque mi nombre es un nombre maldito, como el tuyo...."

Y recordó; aquí junto a la fuente que rimaba dulcemente su recuerdo, cómo supo de este modo y contada por el amante humilde la historia triste de otra Colombina, como ella juguetona y alegre, y un Pierrot, pálido y triste—como él, que había sido desgraciadísimo a causa de la nunca — mal haya la primera mujer liviana — desmentida inconstancia.... ¡Pobrecillo! Cómo temblaba el buen amante al referir los pasajes de la historia y cómo al verse correr una estrella habíase quedado suspenso hasta

que una pregunta de ella lo volvió a la realidad.

—¿Qué pediste?

—Una cosa muy dulce, muy grande y muy difícil.

—Muchos muy — atajó ella riendo — para una sola cosa.

—Es que....

—¿Cuál? — inquirió la zahorí preparando, buenísima la gloriosa respuesta.

—Que me quieras.

—Ya.... confesó la enormemente ruborosa, uniendo en un largo beso — el único divinamente dulce de la vida—su boquirrita roja a la lívida boca del amante, cuyo rostro enharinado tomaba bajo la luz lunar extraños reflejos fatídicos que hiciéronla probar la sensación de estar besando a un muerto....

¡Qué tonta ella, pensando en cosas tristes, cuando gritábanle el corazón y la mañana que estuviese con ellos alegre y reídora! La historia aquella no se repetiría, eso lo aseguraba poniendo sus la-

bios sobre los blancos deditos en cruz...
Por el Señor Dios, ella sería siempre fiel, siempre, el idilio anoche empezado no acabaría nunca, a menos que....

—Niña, niña.... ¿te has dormido?

Y la voz del Sr. Stern, la hizo abandonar sus serias reflexiones para correr atropelladamente, llevando al carro el agua.

II.

El Sr. Stern estaba alegrísimo, sobre la taquilla de la carpa provisional—situada cerca del carretón en el jardín del castillo antiquísimo propiedad de la Señorita Carmelina Estévez, la genial escritora, había puesto — lo que no hacía nunca desde mucho tiempo antes — el divino letrerito: "No hay más billetes." Realmente la carpa presentaba un abigarradísimo aspecto. Todas las clases sociales estaban representadas en aquella reunión de gentes, tanto más numerosas cuanto que cada diez o doce años llegaba al poblachón con ribetes de ciudad, alguna compañía de teatro o de saltimbanquis. Todo auguraba un éxito y ello hacía que el Sr. Stern se frotase alegremente las manos y mientras vigilaba

el mecanismo de las enormes lámparas de gasolina, hiciera mentalmente—como buen sajón-judío—el cálculo de cuánto sería el producto líquido de la función.

La gente iba entrando poco a poco, con gestos medrosos de animalillos salvajes. Algunos chicuelos ante la enormidad del aparato—cuerdas, barras, redes y trapecios,—poníanse a llorar desaforadamente. En un palco vecino a la cortina tras de la cual estaban todos los artistas, aparecía, gentilmente provocativa Carmelina Estévez, dirigiendo al rededor suyo la acerada mirada de sus grandes ojos negros, bajo los cuales los continuos trabajos nocturnos, pintaron dos pinceladas violeta. Gustábanle a ella estos graciosos ejercicios de los acróbatas por parecerle más que imposibles ciertas contorsiones de los músculos casi inadmisibles en hombres fuertes y robustos compuestos más bien de hierro que de carne. Amaba ella las sensaciones que le producía adivinar bajo las

mallas de seda, la musculatura apolínea de los hombres-atletas.... Raro en verdad su espíritu que lleno de todas las suavidades femeninas tenía — algunas veces — aspiraciones bestiales. Sus libros denotaban claramente su idiosincrasia y su versatilidad. Ora gustábanle los tipos excesivamente groseros en la fuerza y en la belleza armónica, de la carne, ora entregábase a admiraciones inconcebibles hacia un infeliz que fuese mil veces más débil que ella.... ¡Era incomprensible!

En estas divagaciones pasáronle desapercibidos dos números del programa y en este momento una mujercita grácil y fina—rubia como las mieses—hacía esquisitamente y con una seguridad admirable, juegos malabares. Cinco pelotas de celuloide y cinco platos de porcelana servíanla para ello y con una agilidad inconcebible hacía volar todo de una manera rapidísima que los hacía multipli-

carse ante los atónitos ojos de los expectadores lugareños que miraban extasiados mientras los afortunados, alguna vez salidos del terruño, murmuraban con un gesto de desprecio. . . . "Eso es muy viejo"....

Carmelina — psicóloga y adivinadora — piensa que así como la malabarista juega con los platos y las pelotas de celuloide, así las mujeres y los hombres hacemos malabares con nuestro corazón.

El Jefe de Pista anuncia que el célebre Clown Pierrot aparecerá en este instante para divertir al público.

El nombre poético del Payaso despierta en muchas ilusionadas cabecitas que saben de la lejana historia de unos amores célebres, ensueños adormecidos.... piensan ver algo raro.... algo como un recuerdo de leyenda.... En todo el circo hácese un silencio grande. Carmelina, sin saber por qué, siente que le late mucho el corazón.

Pierrot se muestra sacando cómica-

mente la enharinada faz, tras la cortina de cretona y fija sus grandes ojos en el auditorio. Sin hablar se adelanta hasta el centro de la pista y con una mímica extraña de la cara que se contrae ridículamente, saluda, mientras el circo vibra entero en una sonora carcajada.

Carmelina no comprende cómo puede hacer reir aquella cara sobre la cual el colorete no ha pintado ni una sola nota alegre ya que toda ella es de una blancura mate, de muerto o de estatua. Las cejas hechas de dos pinceladas de tinta china dan a los ojos un tinte de serenidad que impone; en todo el rostro — y mientras el payaso trabaja en grotescos equilibrios y figuras—esfingico no hay una contracción de alegría, más bien parece que llorara por dentro. La zahorí se equivoca ahora, ya que sabemos que Pierrot es feliz porque trae en los labios la sedeña caricia del primer beso de amor.... Pierrot, por eso hoy trabaja mejor que nunca... es dichoso y lo

aplauden mil manos mientras dos ojos azules le sonríen de lejos....

Pierrot está ahora en un ejercicio difícil. En la extremidad de una pértiga, sostenida por un fornido compañero, canta su romanza a la luna.... Romanza llena de ternura y de lágrimas, que arranca al auditorio sonoras carcajadas ya que el dolor en un clown ha de ser—no importa lo profundo y lo sentido que aquel sea—enormemente ridículo...

Pierrot—de pronto—siente sobre sus ojos dos miradas ardientes que lo aturden y, bajo la espesa capa de pintura, palidece y siente que la voz en la garganta se le anuda impidiéndole cantar. El público que cree la interrupción una gracia más, ruge y patalea de alegría. Las carcajadas son interminables y suenan ahora en los oídos de Pierrot, extrañamente. Carmelina lo mira de una manera rara, como si le infiltrase con la luz de sus ojos un veneno fatal. En los ojos tiene la mujer escudriñadora de almas

una promesa atrayente y maldita. Los ojos se hablan y se entienden. Carmelina sonríe y Pierrot, convulso y dominado pierde la cabeza y cae....

Mientras el público ríe.

Inmediatamente dos mozos de pista se lo llevan y vuelven a decir que el payaso está bien y la función continúa.

Carmelina siente que algo muy conocido pero siempre nuevo le late interiormente y soñando con futuras emociones, sonríe. Su sonrisa es triste, es sonrisa de dogaresa cruel.....

Cuando Pierrot—más pálido y más triste — sale de nuevo en compañía de Colombina—La Muy Amada—las miradas de ambos se encuentran y se besan.... Colombina intuitiva y celosa —pregunta:

—¿Por qué te mira así esa mujer?

No sé, es la respuesta seca del que sin saberlo ha de ser un grandísimo culpable.

Por la espalda de su interlocutora pasa su mano fría y lacerante, el presentimiento.

Después de la función, en el lecho, Carmelina sueña con un amor extraño entre una escritora y un pobre diablo, pálido como la luna y como ella triste... Sueña en un drama trágico y terrible del que es protagonista un clown humilde que muere por sus desdenes y queda —una noche de fiesta—tendido sobre la arena del circo con los ojos vidriosos y abiertos, fijos en el cielo, como en interrogación....

Colombina—en su medio sueño, porque la intranquilidad no la deja dormir —ve que una mano de garras afiladas y larguísimas, le va quitando una por una —dolorosamente—las fibras del corazón.

III.

"....Por unos ojitos negros,
tan negros como la noche,
como la noche,.... como la noche,
tengo un dolor en el alma
y nadie me lo conoce,
me lo conoce.... me lo conoce...."

Así cantaba Pierrot, mientras con mano ligera y práctica pasábase por la cara la "Gillete" obsequio del Sr. Stern, una mañana de buen humor, y picarescamente se sonreía ante el espejo donde su cara redonda y rosada de hombre metódico se repetía por tres veces en toda su frescura primaveral.

¡Unos ojitos negros lo tenían de cabeza,

¡Tenía razón el cantar, que diablos y, vea Ud. como se le meten las miradas a los hombres, inesperadamente sorbiéndoles el juicio y, a veces, arrastrando

tras ellas, al retirarse, el corazón que, casi siempre ya no es de uno mismo....

Reíase ahora largamente al pensar en cómo habíase caído la primera noche de función a causa del entorpecimiento que pusiera en sus miembros una larga mirada de unos ojos, como los del cantar, enormemente negros. ¿Por qué habríasele quitado a él aquella honda pena que le invadió el corazón, como un mar inacabable y más amargo que ese que cantaba sus melodías no muy lejos del farandulero carretón? ¡No podía explicárselo! Pensaba él que al querer—Nunca había querido sino hasta ahora a Colombina — solo podría hacerse una vez, enormemente, y.... ahora, algo nuevo, distinto en todo al amor suyo por la amada rubia, que hacíale soñar—en estas noches pasadas—con desnudeces rosadas y blancuras de mortajas o sábanas, que era para él inexplicable. ¿A quién quería?....

El alma—buena vigilante de las cas-

tas sensaciones, hacíale pronunciar el nombre de la inmaculada compañera de trabajo, casta y buena como una palomita, sencilla y buena como una pastora de égloga.... pero, Pan, el Dios Sátiro, le ponía en un gesto de lujuria, que hacíalo relamerse, el nombre dulce y atrayente de la otra. ¿Carmelina o Colombina? Divirtióse en observar la consonancia argentinamente bella de los nombres.... ¡Quién sabía! Enemigo de inquirir ni los mismos secretos suyos, encogióse de hombros, empolvándose. El tiempo escogería. Sin embargo.... ¡Oh, Colombina!

De lejos la amada vocecita de plata lo llamó:

—Pierrot.... Pierrot....

Raro nombre el suyo. Bello pero triste. ¿Por qué no tendría otro? Era desolador el que todos ellos, la mayor parte—Colombina también—fuesen hijos de nadie. Huérfanos y sin nombre... ¿Sin nombre? No. La Madre Casuali-

dad habíalos dotado de encantadores nombres que formábanles uno como halo de leyenda. Ella. La Divina, no podía tenerlo más propio.

—Pierrot—trinó la voz de nuevo—ven a ver. He cogido dos palomas blancas. Son mansísimas, ven a ver cómo se besan.

Salió. Seguro de su buen golpe con el traje de lino blanco que sentábale tan bien. Lo esperaba junto a la fuente, donde se encontraron. Estrecháronse largo rato las manos.

—¿Quién me quiere a mí?

—No sé....

—Y las palomas ¿dónde están?

—Allí, entre la cestita. Mira.

La mano, fina y suave, de monja, se extendió retirando el lienzo que cubría la cesta en cuyo fondo dos palomitas de nieve unían golosamente sus picos rojos.

—Lindísimas.... ¿verdad?

Pierrot, quiso decirla que talvez eran más lindos sus senos, que habían de ser

así de blancos, según lo que la garganta dejaba admirar, pero se contuvo, mordiéndose los labios, pensó en la otra y dijo:

—Sí, lindísimas.

Cogiéronse del brazo para pasear por el jardín y deteníanse a cada rato, para que ella cogiese flores. De pronto, Colombina, se detuvo y le dijo:

—La dueña de este castillo y de todo esto tan bonito, ha venido; me dijo el Sr. Stern, por eso, que no cogiese muchas flores. ¿No la has visto?

—No—contestó él, que habíase puesto pálido sin saber por qué—¿Como quieres que la haya visto si me acabo de levantar?

—Yo tampoco la he visto. Dicen que es muy bonita y que escribe versos y esas historias largas que se llaman novelas, pero que no las podemos leer las mujeres porque son muy malas....

—¡Oh, la curiosona, cómo se ha indagado....

—Sin querer.... sin querer.

Caminaron largo rato mientras iba la cestita llenándose de flores gayas y frescas que ofrecían humildes la gloria golosa de sus aromas. En el conjunto de rara policromia destacábanse los claveles rojos, como bocas chiquititas y las estrellas de las margaritas reales.

Dos almendros, blancos completamente en la lujuriosa florescencia, daban fresca y gratísima sombra a un banco reclinado en sus troncos. Allí, alegremente sentáronse los dos para tejer la urdimbre de los sueños de un algo futuro feliz y pacífico. La eterna casita blanca, con su corralillo y sus gallinas. Un perro muy fiel y una vaca muy negra de cuyas ubres plenas y rosadas, todas las mañanitas, sacarían las manos níveas la leche espumosa para él....

¿Qué será, Lectora, que es al alma tan grato soñar en estas mañanas floridamente alegres en que el surtidor canta

más claro y las madreselvas huelen mucho más?

Colombina que no lo sabe pero que siente el deseo de cerrar los ojos y pensar mucho, oye el cantar misterioso de un arroyuelo que pasa cerca pero que no se ve.... En su cabecita loca se suceden las ideas como en el mar las olas que van y vienen. Sus ojos azules se fijan de repente en una piedrecita brillante, de un raro color verdi-negro, de obsidiana y, sin querer piensa en unos ojos.... ¿Dónde ha visto ella unos ojos así? Pregunta a Pierrot y éste que pensaba en algo lejano, muy lejano, como saliendo de un sueño fija sus miradas en la piedrecita aquella y recuerda que hay unos ojos así como ella y que Colombina tiene razón. ¿Dónde los han visto? El bien recuerda que fué en el circo pero no lo dice....

Un pajarillo canta en la enramada y a Colombina se le antoja que se ríe por que sabe, y piensa amargamente, que es

triste que pueda un pajarito saber más que ella.

Un silencio interminable se establece entre los dos. Ella deshoja entre las manos una gardenia y lo mira en los ojos. ¿Qué estará pensando? dícese queriendo metérsele hasta adentro en el corazón.... ¿Qué estará pensando....?

¡Pobre Colombina!... Si supiera...

—Buenos días, señores....

Se vuelven bruscamente arrancados de sus meditaciones ideales, por una vocecita de timbre simpático que es adorno de una mujer encantadora, de grandes ojos negros y raros.

Pierrot se ha puesto pálido, muy pálido.... Colombina que de momento se sintió enrojecer, enderézase en un gesto valiente y recuerda que los ojos aquellos, los que no recordaba, son los de esta mujer que mira insolentemente al Amado, y, secamente responde:

—Buenos días.

Carmelina que vestida de azul oscuro

y con un ramo de rosas rojas en el pecho, se ha detenido ante ellos, agradablemente sorprendida del encuentro, se divierte ante la diferencia de gesto de sus interlocutores y adivina, sagazmente, lo que pasa. Su orgullo femenino alégrase de la batalla y se sonríe ante el triunfo seguro.

—Será indiscreción—pregunta — que me siente en este banco al lado suyo?

—No señora—dice Colombina — puede Ud. sentarse sin siquiera preguntarlo. Nosotros ya nos vamos. . . .

—Oh. ¿Por qué? Soy tan fea que haga huir a mi paso al Amor. . . . Porque—prosigue sonriendo maliciosamente—estoy segura que Amor no estaba lejos. . . .

Ruborízanse ambos y ella se sienta, quedando así Pierrot entre las dos. Ella les habla. Los vió trabajar la otra noche y los felicita. Son dos grandes artistas. Sufrió ella horriblemente con la caída de Pierrot. Siéntese él satisfecho

ante la pena causada, en este punto—y hubiera querido estar allí dentro para curarlo.... Sus nombres encantábanla. Nombres llenos de poesía y de amor. Por eso imaginábase que, por atavismo, debían quererse....

Los ojos negros burlábanse enormemente aquí, de los ojos claros que mirábanlos embobadamente sin explicarse cómo una mujer puede hablar así de bonito y cómo—aunque se la odie, puede ir metiéndose en el corazón arteramente.

Las miradas de acero se cruzan con las miradas de seda y hay un choque vivísimo que hace sobresaltar dos corazones. Carmelina, la inconmovible, adivina que su triunfo no ha de ser tan fácil como ella creía porque es mucha la gracia de esta que a ella se le figura mariposita blanca y porque adivina también que es él un humilde esclavo de quien sepa y pueda manejarlo. Colombina enrrojece momentáneamente presintiendo que no ha de ser aquella la última vez

que han de encontrarse y, sútilmente, prepara las armas que han de combatir a la rival.

Pierrot, fija sus ojos indecisos en una y otra temblando acobardado. Su corazón le grita que se lleve a Colombina del brazo a un lugar que esté muy lejos, pero hay un algo que lo obliga a quedarse viendo aquella lucha silente entre ambas interlocutoras y se le ocurre a él que es aquel un torneo entre un águila real y una paloma.... ¿Por qué la tierra no se tragará a los hombres oportunamente?

Carmelina sonríe y habla después de pasarse la punta de la lengua sobre los labios rojos como dos fresas maduras y alaba, para cortarla, la belleza de la gentil muchacha, dícela que aunque parezca que es la casualidad la que las ha reunido, no es cierto, pues que ella hizo ese encuentro posible en fuerza de buscarlo.

—A Ud. también—prosigue dirigiéndose a Pierrot—a Ud. también deseaba hablarle porque me ha sido Ud. muy

simpático. Talvez Ud. no sepa que soy novelista y también algo poetisa.... En casa tengo una romanza que me han alabado mucho y a la cual ha puesto música uno de nuestros mejores compositores; quiero regalársela y lo espero esta tarde.... ¿Irá?

Pierrot va a decir que sí, cuando siente que una mano de Colombina le estruja violentamente el brazo, vacila y ya va a decir que no cuando oye asombrado que ella contesta por él, aceptando de este modo la batalla que le ofrecen:

—Irá, señora, irá.

Toca ahora asombrarse a Carmelina del valor inaudito.... ¿tan segura estará del amor del payaso que no teme una conversación así tenida a solas por tan largo tiempo? (Ella piensa no dejarlo marchar en toda la tarde). Es extraño. ¿Luchar? ¡Muy bien! Hemos de ver quién vence a quien.

—¿Nos vamos?

—Sí, responde él caricontencido levantándose.

—Adiós señora.

Va Pierrot a extender la mano pero un hábil movimiento de Colombina se lo impide y ya se alejan cuando Carmelina los llama:

—Un momento. Quiero obsequiarles este pequeño recuerdo para que no se olviden de este día; y su mano aristocrática de uñas pulidas les alargó el libro de tafilete verde que antes viniera leyendo en su paseo.

—Mil gracias. Señora.

—Adiós.

—Adiós.

Dióle rabia verlos marchar tan unidos y tan contentos, desde lejos oía las carcajadas alegres de Colombina que iba, seguramente, satisfecha de habérselo arrebatado momentáneamente. ¿Momentáneamente? Sí. Luego... ¿Quién podría quitárselo luego?

Por el camino ellos van leyendo el li-

bro. Son versos. Versos ardientes donde se dicen cosas que hacen ruborizar a la Adorada que piensa interiormente que ha de hacer desaparecer aquello. Van cogidos de la cintura, riéndose. Pierrot es feliz porque cree que solo ella es la amada y contesta a su pregunta de la mañana: Ella, ella....

De pronto él grita casi entusiasmado, al ir leyendo y ella ansiosa inquiere por qué.

—Oye, verás que bonito:

"No es amar el decirse cosas bellas
y hablar de luz, de flores y de estrellas.
Amar es el besarse locamente
y entregarse una al otro enteramente,
en un perpetuo afán de amor unirse
y así, la carne unida, ambos morirse...."

—¿Te gusta?

Colombina no contesta, va distraídamente comiéndose los pétalos de un geranio que palidece junto a su boca, y va, melancólicamente pensando, en su crite-

rio de mujer sencilla y buena que es algo desvergonzada aquella definición del amor.

INTERMEZZO

ES medio día y hace un sol terrible que amustia las flores y seca el surtidor. El jardín es el mismo. El carretón de la farándula se yergue en el mismo lugar de antes, sin variación alguna. Todo está igual, pero....

¿Qué os pasó violetas que ya no perfumáis la atmósfera? ¿Dónde estáis jazmines, madre-selvas, acacias? ¿Por qué en plena primavera habéis desaparecido dejando a vuestros hermanos sin vuestra divina compañía?

¿Qué hada enmudeció vuestras gargantas, pajarillos? ¿Por qué a pesar de ser lo mismo está ésto tan triste?

El surtidor que antes cantaba, ahora —por un raro misterio inexplicable—solloza.... ¿Qué sucede? ¿Por qué ahora, más que nunca las brillantes gotas multicoloras, del agua, semejan lágri-

mas....? ¿Qué soplo de muerte o de pena ha pasado por aquí?

El Poeta, inquiriendo va a sentarse a un banco de piedra que descansa sobre dos almendros, que antes estaban floridos y ahora están secos, y ve en él como el musgo crece rápidamente demostrando que hace largo tiempo que nadie se ha sentado allí a tejer ilusiones... ¿Será posible? El Poeta recuerda que una estrella le contó no sabe él bien que cosas de entrevistas locas y besos largos en ese banco. Al recordarlo, las flores vecinas que leen en su frente lo que piensa, gimen largamente y el ambiente se puebla de suspiros y aromas. Un pájaro extraño a aquel jardín, pregunta:

—¿Qué es?

Nadie le contesta; parece como si todos guardasen un gran secreto. Un lirio de esbelto y largo tallo se inclina hacia el Poeta y le habla.

Las flores todas, en este punto, se agi-

tan, se mueven como queriendo hacer callar al indiscreto y es tal la algarabía que se forma con el chocar de corolas y de hojas que apenas si puede el Poeta entender lo que le cuentan. Debe ser ello muy triste, cuando su cara se va ensombreciendo y desaparece la sonrisa que plegaba su boca y pasa por sus pupilas, grises, de plata, una nube de pena.

—¿Qué es? pregunta el alma, igual que el pajarillo.

Es, dice el Poeta, que una flor se ha deshojado bruscamente y ha dejado tras sí una extraña estela de sangre. Era una florecilla blanca—¿Jazmin, Madreselva, Lirio?—a quien una mano arrancó, poco a poco sus pétalos y después se fué.... Una flor que era mujer, porque era muy sensible. Una flor que era ángel porque era muy buena. Una flor—estrella luminosa que había nacido para ser faro en una vida, una flor....

Aquí un sollozo irrumpe de la gargan-

ta del Poeta que llora por su hermana y el alma queda insatisfecha por que no ha sabido....

Atardece.... El sol va muriendo en la lejanía azul y hay como una resurrección en el jardín. Ella vendrá, es su hora, la hora milagrosa en que revive la flor que es mujer y es estrella y llega en busca de sus hermanas. ¡Bien venida! El surtidor canta, ahora, una extraña canción que dice de arrullos y besos.... En la lejana sombra del jardín el cuco dá las seis con un timbre de larga melancolía....

ENTREACTO

I.

UN gabinetito coquetón, lleno de muebles de todas épocas, todo tapizado de raso de seda color de oro viejo, lleno de cuadros antiguos y trofeos de todas clases, en él una mesa-escritorio de ébano con incrustaciones de plata, un florero lleno de rosas "Príncipe negro" un sobre y una carta extendida sobre la carpeta de cuero negro. Esta carta es la que la genial escritora Carmelina Estévez, escribe a su grande amigo Agustín Espinosa, el pintor genial, con quien la une una larga amistad nacida en una taberna de apaches, una noche, en París, en una de las correrías noctámbulas de ambos. Un vaso de vino —como buenos bohemios gustábales beber—había sido el introductor. Desde

entonces, aun de lejos la correspondencia había mantenido vivo aquel afecto, completamente desinteresado.

La carta decía así:

"Mi queridísimo Agustín: Para desmentir, una vez más el concepto de perezosa en que me tienes, escríbote ésta demostrándote, así, que también a mí me gusta escribir algo que no sea novela ni verso, bien es verdad que al hacerlo lo hago con un mucho de egoísmo ya que a ello me mueve el no tener aquí persona amiga a quien contar mis cosas.

Tú, indudablemente, me creerás atareada en escribir alguna novela que por el estilo de mi "Seno de Virgen" alborote durante algún tiempo a todas las almas timoratas e hipócritas que son, por desgracia, las más que existen en el mundo, este bendito mundo que algunos imbéciles han dado en llamar pícaro. Te equivocas. No estoy escribiendo sino haciendo algo mejor, viviendo una

novela mía, toda sentimental y dulce. No te rías, porque escríbote seriamente. Sentimental y dulce como uno de los walses de Lehar, tu maestro favorito y mío también.... ¿Qué será que a nosotros los artistas de la pluma, del color y del cincel, no nos gustan los clásicos? He querido explicármelo muchas veces y no he podido. A mí me llama enormemente la atención ver cómo se entusiasma la muchedumbre ante los bárbaros nocturnos de Chopin o ante las aterradoras sonatas de Bethoven.... No sé.¿ Será que somos algo imbéciles...? ¡Quién sabe!

Me he salido, sin querer, del asunto principal y a él vuelvo para contarte que a mi corazón, a este corazón mío tan cerrado a humanas flaquezas, ha llamado el Amor.—¿El verdadero?—y me ha hecho pasar horas felicísimas: Se trata.... Pongo los puntos suspensivos solamente para hacerte esperar un poco

más porque me imagino que estás ya muerto de curiosidad feroz....

Érase que se era un hombre bueno y triste, más triste que bueno, enamorado de la luna y de una muchacha. Él se llama Pierrot y ella Colombina. No creas que es ficción, no, es verdad pura. Esos nombres un si es no es mitológicos pertenecen a dos de los protagonistas de mi historia—el tercero soy yo—se querían mucho, enormemente. Su idilio —digno de figurar en una pastoral— comenzaba apenas cuando un ave negra, fatídica, abrió sobre ellos las alas agoreras y por un magnetismo común y perdonable, atrajo hacia sí al hombre, al enamorado que fué poco a poco olvidándose de la amada buena y dulce, de la que pudiera ser muy bien una amantísima esposa que espera para entregársele, que el sacerdote, o la ley, los una en el indisoluble lazo y cuyos besos no tienen el sabor delicioso y agri-dulce de

los besos de la mujer que se entrega locamente, sin pensar en prejuicios ni conveniencias y que besa mordiendo dando a los besos un mucho de sus nervios y de su alma.... ¿Quién es ella? Creo, Agustincito que ya habrás adivinado que esa **ella** es tu humildísima servidora.... ¡No te extrañes! Soy así. Yo bien comprendo que he hecho mal, que no debiera arrancar a este hombre de los brazos de su adorada, a quien veo todas las tardes pasear por mi jardín cogiendo flores y confundiéndose con ellas porque, eso sí, la rivalidad no me ciega y veo que es bonita, más aun que es preciosa, que tiene un cabello rubio que da envidia al sol y unos ojos azules que cuando el enojo los ensombrece, tienen tintes violados bellísimos que los hacen parecerse a dos grandes mares bañados por la policromía de un sol crepuscular, que tiene un cuerpo no muy alto pero muy bien formado, delgado y nervioso

donde apenas se insinúan, virginalmente suaves, las curvas.... Un cuerpo que inspira arte pero no deseos. Tú sabes, amigo mío cómo han llamado tantas veces mis formas la admiración de propios y extraños y no ha de admirarte el que Pierrot me haya preferido a mí ya que yo soy la hermosura carnal de la vida que grita en cada ondulación? ¡Viva la carne! y ella es la mujercita toda plasticidad que apenas serviría para gritar: ¡Viva la castidad!

Nuestro conocimiento—con él—principió en el circo. Estaba encantador y algo siniestro con el traje poético que llevaba su ancestral ilustre y en su cara toda blanca de yeso la felicidad resplandecía; púsose a cantar una romanza a la luna (—¡Pobrecillo!—creo que ya la ha olvidado) y una mirada mía honda, zahorí, traidora, lo hizo caer. Cuando lo ví tendido todo blanco, sobre la arena del circo pensé que ese espectáculo sería

un bellísimo motivo para "Exlibris".... Pueda ser que con tu ayuda lo inmortalicemos. Luego lo sorprendí en su compañía cuando, sentados en uno de los puntos más poéticos de mi jardín tejían la urdimbre de sueños realizables en el futuro—¿Todavía?—los cuales se rompieron con mi llegada que, hay que confesarlo pecó de indiscreta. No te doy detalles porque se alargaría ésta demasiado y te los voy a dar de nuestra primera entrevista, objeto principal de esta carta.

Llegó en un atardecer—creo que fué un jueves—todo oro y luz, lleno de aroma de flores y piar de pájaros.... llegó tras algunos ruegos míos, vestido de blanco a la última moda. Tiene los cabellos ensortijados y el peinado partido por una línea impecable que le divide simétricamente la cabellera. Sus ojos son negros y algo bobalicones, es alto y un poco grueso aunque enormemente

flexible, tiene unas manos muy blancas y una boca de labios sensuales de un rojo algo subido. Entró cortado mirando a su alrrededor con mirada curiosa y admirativa, lo recibí con una de mis batas estilo "Imperio" bajo la cual — ¡Oh Moda!—no habían muchas cosas. Lo hice sentar cerca de mí, en el sofá y hablamos largamente, de su arte, de sus gustos, de los míos y de mis libros. Le mostré uno de versos. — Antes habíale ya en la entrevista de marras, obsequiade otro — y le hice leer. Lo hace muy bien, sabe dar entonaciones sentidísimas al verso y me deleitó de tal manera leyendo mi "Elegía neurótica" que por poco, si no es por un resto de pudores inexplicables, le beso. Luego.... Luego, ante el atardecer que declinaba y que con la poesía de la hora iba infiltrando en él una verba aterradora, hablamos de amor, su palabra, fluida y suave me iba languideciendo de una manera rara, casi

me recosté en el canapé escuchándole, algo así me decía:

—"Carmelina: Soy humilde, soy tonto, apenas he leído y no he estudiado nada. Mi nombre que es por desgracia de leyenda, me da un carácter poético que es ahora como una cosa ineludible de mi existir, yo sé que estoy llamado por herencia, a ser un desgraciado inevitablemente.... yo sé que una mujer ha de arrancarme algo que guardo muy escondido...."

—Colombina, le interrumpí, cruel.

—No;—me dijo — Colombina no.... quizás ella tenga que ser más desgraciada que yo.

—Entonces.... ¿Quién?

—Me parece mentira que Ud. conocedora de almas y de instintos, me pregunte algo que Ud. más que nadie sabe y comprende. ¿Por qué vine? No podría explicármelo. Tal vez porque una noche para mí de fiesta, dos ojos negros

me ofrecieron una vida de triunfos mayores y de mayores glorias, talvez porque unos labios—húmedos, palpitantes —me ofrecieron un beso y yo, humilde y esclavizado ya, vengo, a pedir mi beso y a pedir mi felicidad....”

Tú dirás que para un clown, no está mal y que era una declaración bien puesta que debía poner en un aprieto a la favorecida y.... ¡No fué así, Agustincito, no fué así por que.... porque acepté al momento y fué entonces cuando supo él de la frescura de mis labios y de mi carne toda, y ví, en la cara eternamente tétrica, vibrar la felicidad y es desde ese día que cuotidianamente se repite la escena y yo soy suya mil veces y no me hastío y él, cada día más feliz no se acuerda de nada y pasa casi todos los días aquí en casa, separándose de mí únicamente a la hora del ensayo que es cuando la vé a ella, la otra.... No te puedo negar que cada vez viene triste y

que nunca he logrado hacerle hablar acerca de Colombina. El pobrecillo es bueno y como yo, comprende que ha hecho mal y, quizás, hasta quisiera remediar su mal proceder pero no lo logra, y si acaso su buen natural venciera, aquí estoy yo con mis palabras para convencerlo que se quede, si no mis brazos y si tampoco eso bastara entonces haría lo que aquella cortesana que se llamaba "Fhriné" que hizo cambiar una sentencia con solo mostrar la gloria de su cuerpo.... ¿no crees tú que bastaría?

Esto es todo y me voy porque Pierrot desde mi cuarto me llama y he de darle su taza de thé con tostadas—que le gustan mucho—y de paso unos cuantos besos para que no pierda la costumbre; mientras tanto espero que no dirás que soy lacónica y que no te olvidarás de mí. Un apretón de manos.—Carmelina."

Cuando Agustín Espinosa recibió esta carta pensó en Colombina y casi casi

se indignó contra el proceder de Carmelina que parecióle algo más que malo y pensó que acaso hacía falta él allá, para consolar a la que era sin él saberlo inconsolable. Guardóse la carta en el bolsillo, encendió la pipa y melancólicamente triste, mientras la lluvia golpeteaba con un monótono tableteo los cristales de la ventana de su gabinete de trabajo, se puso a dar forma en lienzo al ex-libris futuro de Carmelina Estévez.

II.

Blanca, sencilla y limpia, la alcoba. Pequeña y brillante bajo los cuidados de su dueña que, como muñequita que es, quiere tener su cuarto como el estuche de uno de aquellos adorables "Bebés" que vienen algunas veces de París.

Una cama de hierro pintada de blanco, con algunos filetes áureos que, bajo un albo pabellón, deja ver la blancura de sus ropas, ocupa uno de los lados de este cuartito microscópico donde nuestra encantadora amiga Colombina, tejió sus sueños de ventura y pasa ahora sus noches insomnes, pobladas de fantasmas horribles que no son más que figurascreadas en su imaginación, por los pícaros celos que se le han metido en el corazoncito, quitándole completamente las ga-

nas de reír, por lo cual las flores tristes, y hasta un canario que trinaba antes en su jaulita de cobre, se encuentra ahora triste y silencioso, como temiendo turbar los pensamientos que guarda la cabecita dorada de su dueña, que allí, sobre un sofá descansa corporalmente mientras su alma trabaja en hacer y deshacer escenas futuras.

Pierrot —El ingratísimo —hace cinco días que no llega, hasta se ha excusado de ir al ensayo por ciertas "Ocupaciones ineludibles".... ¡Oh.... bien sabe ella cuáles son esas ocupaciones, y daría mil años de su vida por ir, aunque fuera un minuto a decir a la canalla que lo tiene en su poder.... ¿Canalla? Sí, miserable,.... infame,.... asesina de todos los más hermosos sueños de su vida. Duélese la enormemente desconsolada, de no saber, a pesar de su vida de farándula, palabras un poco más groseras, adjetivos más fuertes para aplicárselos a la que in-

diferente y sañudamente a la vez, le ha quitado el corazón de Pierrot, antes tan bueno y tan dulce....

—Pero, Señor.... ¿Qué darán estas mujeres malas a los hombres, que así, tan de repente se van tras ellas, sin comprender que ha de pasarles el deseo y las despreciarán en cuanto el hastío llegue a enseñorearse de sus almas.... ¡Y yo que creí tenerlo asegurado para siempre....!

Fué interrumpida violentamente, por una voz que desde fuera la llamaba.

—Colombina.... Colombina.... ¿Se puede?

¡Por qué sentía ella esa agitación ahora!.... ¡Era su voz, la muy amada que parecía querer de nuevo acercarse a ella!.... ¡Oh Dios mío, que pena!.... ¿Por qué dudaba? ¿Acaso no quería hace un momento, que él viniera....?

—Entra....

Humildemente, con los ojos bajos,

apareció él. Pálido, triste. Bajo los ojos las ojeras mostraban un pronunciado livor. —¡Oh, Carmelina.... Carmelina....!—

—Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. ¿Qué querías?

—Eso. Que me perdones. Que me tiendas tus manos nuevamente y que sepas que si te he traicionado locamente, no ha sido culpa mía, sino de este maldito corazón que Dios me ha dado....

—¡Alguien dijo que es el corazón nuestro enemigo....!

—¡Oh, si! Tú no sabes, Colombina, cómo me ha sido de doloroso el dejarte... Tú bien adivinas cuánto te he querido siempre, y cuánto te quiero ahora.

—Calla, Pierrot, calla.... ¡Todavía!

—Todavía, si. Siento por tí, un amor completamente espiritual que me hace venir hacia tí como al pecador ir hacia la hóstia. Necesito purificarme.... Ella,

Carmelina, me ha hecho vivir horas de loca lujuria inenarrable. Sus besos, no me han dejado marchar porque son besos de vampiresa, son.... ¡Pero te estoy ofendiendo impunemente....

—No temas, sigue. Yo te escucho. Te oigo ahora como algo divinamente dulce de otro tiempo.... ¿Te acuerdas?.... Hace un mes, en esa misma ventana donde ahora te apoyas me juraste un amor inacabable. Era una blanca noche en la cual nuestras almas—la mía, sobre todo, estaban en plena luz, hoy.... todo está al revés, el día, fuera lleno de sol, y noche en nuestras almas....

—Oh, no Mía....—Saltó la así llamada igual que en otro tiempo, pero no dijo nada—Mía, tu alma es siempre luz, y yo por eso vengo en demanda de un poco de claridad en las tinieblas de mi vida...

—Ve con ella—gimió la en otras veces desdeñada—ve con ella que a más de luz, te dará cuanto le pidas.

—No hables así, ella también es buena, mira, es buena y mala—me ha enviado aquí—porque fué ella quien me dijo que viniera—sabiendo que al venir yo de nuevo caería ante tus plantas pidiéndote perdón, porque eres tú, la única, la sola que ha hecho latir mi corazón extrañamente....

—Cállate, Pierrot, prorrumpió en un sollozo la Adorada, cállate porque puedo creer esta tu extraña confesión de falsedades.... Cállate.

—No.... No callaré porque quiero hacerte mía, para que veas nuevamente que te quiero y yo te juro no volver a faltarte. ¿Ves? En cuanto tus palabras me han dado una esperanza, he vuelto a sentirme feliz.

Se arrodilló ante ella y le besó casta y suavemente las manos, que intentó retirar la conquistada sin poder conseguirlo....

—¡Quién pudiera creerte!

—Créeme.... Yo te juro que seré fiel....

—Está bien. Te perdono, en gracia de que creo que de veras te arrepientes, pero piensa que si debiera sufrir nuevamente todo lo que en estos pasados días he sufrido sería capaz de todo. Si no hubieses vuelto, quién sabe si te habría olvidado, pero ahora, la lucha será a muerte y, si dejaras de ser mío.... no sé, Pierrot, no sé.

—Gracias, mía.... gracias.

Sentáronse, así unidos en un largo abrazo de delicias infinitas, mientras las bocas uníanse en un beso dilatado que hizo al bien dichoso saborear la amargura dulcísima de aquellas lágrimas mal vertidas por causa suya.

¡Cómo se sentía arrepentido ahora, viéndola así de blanca y buena, de haberla traicionado, y cómo interiormente figurábase el susto de Carmelina, averigüando que por su causa habíase logrado

en este instante una completamente suave reconciliación de los amantes.... ¡Es raro, en verdad ese destino que hace que las mayores aspiraciones humanas tomen un distinto sesgo del soñado.... ¡Pobre Carmelina.... En verdad debíale él ratos muy dulces y besos muy largos.... ¡Cómo besaba esa mujer! Era como una gatita que se arrimase al cuerpo, arrancando de él, glotonamente todas las sensaciones infinitas.... ¡Oh! Ocurriósele dar en aquella garganta mórbida de la encantadora Bien Amada, uno de aquellos besos asesinos, para ver.

Ladinamente se posaron sus labios un poco más abajo de la oreja y besaron, suavemente primero, más fuerte después hasta hacer a la sensible agitarse en un extraño agitamiento de su cuerpo, y gemir desfallecida....

—No.... no.... me haces daño.

Enrojeció Pierrot cual si hubiera Colombina adivinado su intento.... Mise-

rable, ofender así groseramente, en comparaciones inadmisibles la enormemente pura pureza de esta virgen....

Después hablaron todas aquellas palabras que los novios saben decirse en la dulzura de la reconciliación, y los besos y los suspiros se fueron repitiendo durante largo rato, en que sufrió la angustiada un ataque de llanto que tuvo que ir él conteniendo a fuerza de caricias y de mimos.

Promesas de fidelidad por parte de él hubo muchas que se fueron fijando en el corazón de la agraviada de tal modo que pasó por su cabecita el pensamiento de una nueva ruptura y algo como una nube roja se fijó ante sus ojos divinamente azules, que fijos en el cielo infinito, a través de la ventana, interrogaban cuánta sería la duración de esta nueva felicidad que la embargaba. Alguien abajo, cerca del carro canturreaba....

"La eterna eternidad de lo que es breve..."

III.

Gloria es la tarde, y gloria hay en los búcaros llenos de geráneos y de príncipes negros, que la coquetería sensual de Carmelina, puso en la mesa de nogal, donde todos los atardeceres tomaba su chocolate, y, a gloria, olía éste tambien mostrando la finura de su espuma dorada que hacía dilatar las narices de nuestra encantadora amiga, mientras rompía con sus blancos dientecitos de lobezna la rebanada de pan, y se quitaba de las comisuras de los labios, con la lengua roja y pequeñita, la mantequilla fresca que dibujábale unos grotescos mostachos. Un canario, en una jaula de cobre, preso, trinaba largamente. Carmelina era feliz y sentíase con ansias extrañas de saltar y correr como una chiquilla por sobre la

hierba que alegremente extendía la monótona esmeralda de su color en el jardín.... Hay días, señor, en que el sol no nace fuera sino dentro de nuestro corazón, y es, entonces cuando reímos sin saber por qué y lloramos ante una mariposita muerta.... Es juguetón el sol, y hace de nosotros sus esclavos inconscientes, muchas veces.

Maquinalmente dejó la gentil muchacha de beber el chocolate, lo cual había hecho a pequeños sorbos, para pensar en su vida de aquellos días. Ante sí tenía la carta de Agustín, respuesta a la suya, donde el buen muchacho mostraba la rústica sinceridad de su espíritu. No estaba él de acuerdo con su conducta. "Es algo desvergonzada — le decía — y creo que no debes jugar así con ese tu... Pierrot, que seguramente no se llama así, sino ha de tener un nombre menos poético y más vulgar Esteban o Francisco...." Ja.... Ja.... Ja.... ríó nue-

vamente. Aquí su carcajada murió al nacer. ¿Qué me irá a suceder que río tanto? Encogiéndose de hombros al ver que así llenábala ahora el vulgar temor de que se cumpliera la profecía común.

No. Reía, porque si.... ¡Vaya! ¿A qué vendríanle ahora estos tristes pensamientos que no alcanzaban a borrar la sombra de su felicidad? Pierrot era suyo—Muy suyo—y esta visita que había ella obligado a conseguir, para asegurarse de ésto, sería la última hecha probablemente, a la otra.... ¡Pobrecilla! Debe ser triste—pensó—sentirse arrebatar así, de pronto, un corazón que hemos conseguido a fuerza de mimos.... ¿Moriría?.... Sonriose con un poquito de orgullo por la victoria tan fácilmente conseguida.... ¡Pobres hombres! ¡Todavía se consideran lo suficientemente fuertes para vencernos! No sé quién ha dicho: "La mujer más astuta es vencida

por el hombre más bobo".... Que impertinente suposición.

Escandalizábase el escultor amigo de lo detallado de su carta última donde algunas frasecitas pareciéronle un poco fuertes.... ¡Bah! Si supiera.... Ruborizóse recordando cómo había ella gozado al sorprenderla Pierrot desnuda en la piscina de cristal—rara coquetería y refinamiento suyo—una noche, en el invernadero donde había ella establecido, desde que él vivía en la casa, su cuarto de baño. ¡Que cara puso el pobre de maravilloso asombro, y cómo ella, gozándose de ese tributo de admiración que demostrábale cuán hermosamente formada era, hubo de hacer como que no se había apercibido! Rara sensación la que produjo aquella mirada en todo su sér. Pareciole como si una mano de seda la hubiese acariciado castamente.... ¡Oh! Suspiró.

Miró la hora en la pulsera de plata y

extrañóse.... ¡Las siete ya! ¿Y él?

Entretúvose saliendo al balcón a ver pasar a los trabajadores que volvían del campo con alegre vocerío y grandes risas. Decididamente la tarde estaba de amor de Dios. Ya quedaban pocos, apenas unos cuantos rezagados. Pasaban diciendo palabrotas que, por primera vez, hirieron sensiblemente sus oídos y la obligaron a retirarse de la ventana. Tras los vidrios dirigió sus ojos al carretón de los artistas, y ansiosamente investigó la veredita de blanca arena que a él conducía sin ver nada. ¿Por qué no vendría? Comenzó a agitarse y pasear a grandes pasos por el cuarto. Deteníase de vez en cuando ante un espejo y se arreglaba los rizos de su rebelde cabellera, que, coquetonamente caíanle sobre el rostro aumentando la gracia natural de su expresión.... Vuelta a mirar la vereda y.... vacía, como antes.

Cansada de esperar bajó al jardín y,

lentamente se encaminó al carretón farandulero por una de cuyas ventanas salía un chorro de luz. Aquella abertura iluminada figurósele una gran boca que se reía de ella locamente.... ¿Por qué? Su orgullo — más grande que su amor en todo caso—se rebeló. ¿Reírse? ¿Habría alguien que pudiera reír a costa suya? No.... no.... No era posible que esta entrevista tan cuidadosamente preparada tuviese un desagradable desenlace para ella. Se sentó en un banco, agitadísima. Pasados unos minutos se levantó y regresó a la casa. El criado preguntó:

—¿Quiere la señorita cenar o esperamos al señorito?....

—Espera, sí. Aun es temprano.

¡El señorito! Cómo así habíase hecho amo de esta casa el payaso sutil — y hubo en sus labios al decir "payaso" un gestecillo desdeñoso—y cómo hasta los criados obedecíanlo ya como a ella misma.... ¿Si no viniera?

Acercóse a uno de los jarrones lleno de flores y comenzó a arreglarlo nerviosamente. Su corazón sangraba interiormente de una manera dolorosa.... ¿Era quizás que el amor había, por fin, entrado a su corazón de un modo formal? ¡Oh....!

Desatentada ya, en su espera inútil, pidió la cena y comió aprisa, aprisa como si fuese a traerlo al concluir. Y fué.... fué.... pero, a la puerta del carretón se detuvo. ¿Entrar? No. Él podría imaginarse que era tan enormemente querido y ser luego más interesante en ofrecerse. No. Mejor esperarlo hasta el día siguiente—no podía ella creer que tardase más—y hacer como si no se hubiese enterado de nada. Eso, eso era lo mejor. Acostóse y antes de apagar la luz fijó una larga y lacrimosa mirada en el retrato de Pierrot—¿Traidor de nuevo? preguntábase, viendo su tardanza—y se arrebujó en las sábanas.... No pudo

dormir. Nerviosísima daba vueltas en el lecho sin conseguir cerrar los ojos. Su imaginación sobreexcitada urdíale cuadros llenos de amor y de ternura donde no era ella la favorecida. Levantose a tomar bromuro y luego desesperada, pareciole el lecho—azul y blanco—demasiado grande y demasiado frío. Oh, la Otra.... La Maldita....

IV.

—Te digo que no puede ser.

—Y yo te digo que sí.

—Apostamos?

—Lo que quieras.

—Un beso.

—No, un beso no. Al darte un beso por ella, me dolería.

—Si no es ella.

—Abre.

Y Pierrot, obediente se alzó del diván y fué a abrir la puerta que hacía varios minutos era objeto de un fuerte ataque llamativo.

Un criado lujoso, un lacayo de casa grande apareció en el dintel y saludó con una reverencia. Pierrot al verlo no pudo disimular un gesto de sorpresa dolorosa.

—Señorito.

—Que quieres Pepe.

—Aquí está este billete.

—Está bien.

—¿Hay respuesta?

—No. Ninguna.

—Es que....

—No, hombre, no hay.—Atajó vivamente a Colombina que asomaba en el pasillo queriendo adivinar.

—Está bien. Adiós señorito.

—Adiós Pepe.

El criado partió y Pierrot guardóse, sin leerla la bien oliente misiva, que el instinto de la Amada adivinó, más que vió.

—¿Quién era?

—Nadie, chiquilla. Un criado en busca de localidades para esta noche. Lo envié con el Sr. Stern.

¡Qué bien mentía! Parecíale mentira aquella desvergüenza que había jurado no volver a tener. ¿Es que sería nue-

vamente capaz de engañar a la felicísima muchacha ahora en que la había hecho entrever un cielo de inenarrables felicidades?

—¿De veras? Inquirió mimosamente la desconfiada, apoyándose en su hombro. ¿De veras?

—Sí, Mía, sí. Que loca eres. Dame mi beso. ¿Ves cómo te he ganado?

—Mejor. No sabes las ganas que tenía de perder. Mi corazón me anunciaba que algo de la casa vecina venía en tu busca, de no ser la dueña misma.

—Ya ves....

Y atrajo hacia la suya, la boquita gentil, y se cobró larga y descansadamente, lo ganado.

Un aplauso ruidoso saludó la mímica del clown, que esta noche no trabajaba muy a su gusto porque dos pupilas verdinegras lo asaeteaban desde lejos con un tic de amenaza que lo amedrentaba

verdaderamente.... ¡Maldita sea la suerte de los hombres! ¡Perra, cochina suerte la suya....!

Hizo un esfuerzo y prosiguió la graciosa pantomima. Al fin, de mala gana concluyó y aun así, el público premió nuevamente su trabajo. Sudoroso, jadeante, no por el ejercicio sino por la angustia interior que lo aquejaba, llegó a su camerino a cambiar de traje.

¿No lo dejaría nunca aquella mujer? ¡Hombre, habría que ver que no tuviese él la fuerza de arrancársela del corazón, porque, siendo sincero tenía que confesar que le gustaba. ¿Entonces? ¿Podía su corazón ser patria de dos cariños? ¿Era admisible aquel dualismo dentro de su corazón? No señor.... ¡Que iba a ser! Pero....era, era y él hacía esfuerzos horribles por evitarlo y no podía. Ya varias veces Colombina—oíala andar al otro lado del tabique—había notado cierto despego inevitable cuando

recordaba—junto a estas castas caricias virginales—las ardorosas muestras de pasión de aquella.

—Se puede?

—Adelante.

—¡Carmelina!

—La misma hijo. La misma. Te escondes y te guardas como oro en paño. Hay que buscarte siquiera para decirte que no es de buen tono marcharse así, sin decir siquiera: Ahí queda eso.... ¿Te parece bien?

La voz vibraba sonoramente entre la reducida habitación, y Pierrot temeroso, suplicó:

—Cállate. Cállate. Yo te explicaré.

—¡No tienes nada que explicarme. Lo sé, lo adivino. Esa.... mosquita muerta supo atraerte nuevamente al redil. Afortunadamente yo sé que me quieres y que estás aquí obligado por ella, y por tu poca fuerza de voluntad....

—Bueno, mira, márchate. Al concluir te esperaré.

—No chiquillo, si quien esperará soy yo. ¡Bonito recibimiento! ¿Marcharme? Tú estás loco. Vengo a traerte y quieres que me vaya.... ¡Tienes gracia!

—No, si no es eso. Yo—Tuvo valor, lo dijo de plano, a la carrera, como temeroso de arrepentirse—no estoy aquí contra mi voluntad. Estoy aquí porque la quiero, porque solo ella es mi felicidad. A tí no puedo quererte, no soy digno de tí. Ella es como yo una mujer humilde y buena. Yo la puedo hacer feliz, a tí no....

—¡Bravo.... bravo! Sabes aprenderte muy bien los papeles. Mal tuyo es que conozca la jugada. Eso te lo ha enseñado ella.

—No. Eso lo siento.

—Bueno sí, pero es porque ella te ha

convencido de que lo sientes, no porque en realidad sea así.

—Lo es, lo es.... vete.... vete.

Y extendía los brazos hacia adelante como si quisiera protegerse.

—Me voy contigo.

—No puede ser.

—Entonces me quedo.

—¿Te quedas? ¿Dónde?

—Aquí, en cualquier parte. A tu lado. Eres mío, mío. —¿Entiendes?—y no permito que nadie me robe tu cariño.

—Pero....

—Chist. ¿Vas?

—Carmelina, yo....

—Vas?

¡Qué horribles deseos de decirla que se marchase, pero decirlo a gritos que lo oyese todo el mundo, y antes que nadie la Adorada, cuyos pasos ya no se oian en el vecino cuarto. Pegarla, abofetearla, por serpiente, por sutil por.... desvergonzada.

—Car....

Estaba junto a él, bellísima, con su vestido de terciopelo rojo-vino, y una gran rosa roja en el cabello. Sus labios estaban cerca de los de él y no pudo huir a la tentación, atrájola más pero ella huyéndole inquirió vencedora:

—¿Irás?

—Iré.

Escandalosamente sonó el beso de paz, fuera al otro lado del tabique oyóse como un gemido, algo como si un lirio hubiese sido tronchado o si un pájaro hubiese de pronto enmudecido.

Apoyada contra la pared, Colombina, oíalo todo. Su corazón habíase crispado al oir la pregunta "¿Se puede?" Y su curiosidad la empujó a oir.... ¡Oh! .... Sintióse feliz ante la sinceridad de Pierrot que defendía contra las garras de la infame su corazón. Aquel corazón tan voluble pero tan bueno. Poco

duróle el gozo.... ¡Fué cruel desengaño el que probó al ver el deseo pintado en los ojos del amado, a quien distinguía perfectamente bien, y vió el beso que parecióle horrible, en que se unieron las dos bocas que sellaron así un pacto miserable y odioso, el de su eterna desesperación....

Algo muy hondo rompiósele interiormente, quiso gritar, llorar, reir a la vez y no tuvo fuerzas ni para dar un solo paso. Al quererse agarrar de la pared, sus uñas arañaron la madera, sin sostenerla, y cayó al suelo.

Fué un nuevo éxito para Mr. Stern la función en esta noche y frotábase alegremente las manos. Si Ud.—decíale a Colombina—no se hubiese enfermado derepente, habría el público gozado más. Yo siento, más que por él, por Ud. lo sucedido. Estos mareos imprevistos, causa deben ser de la plena primavera.

Hay que cuidarse, que cuidarse mucho. ¡Ciertamente ¡Colombina — ¡La pobre! —estaba tan mala que hubo que llamar a un facultativo, quien recetó, paz, mucha paz, y alimentación abundante. Sobre todo—sugirió—no se la contraríe en nada, cualquier disgusto podría causarle una gravedad innecesaria.

Sonrió la enferma ante el encargo del médico.... ¡Pobres doctores! ¿Qué saben ellos entregados a sus librotes materialistas y asesinos, de las afecciones del corazón? Hay paces que no pueden otorgarse a los enfermos con los buenos cuidados, paces que pocos dan, cuando podrían, paces que saben arrebatar algunas pindongas que no merecen que una mujercita, buena y dulce, padezca por ellas.

V.

Pierrot estaba desesperadísimo, desde su última escena con Carmelina habían pasado cuatro meses y estaba aun en esta casa, para él aborrecible, desde que no podíala abandonar aunque quería porque la tirana no lo dejaba salir y si lo permitía era únicamente en compañía suya, llevándolo a fastidiosas peregrinaciones a través de ruinas ancestrales que lo aburrían soberanamente. Hoy, para mayor felicidad habíale dado la noticia:

¡Estaba en cinta!

Horror.... El, tan amante de los niños, y tan enamorado de todo lo infantil, sentía ya un odio feroz contra aquel sér que—aunque él no lo creía, tenía que venir al mundo. ¿Podría ser posi-

ble esto? No. Ella, la miserabilísima madre de aquel futuro vástago, hablaba ya como de cosa hecha, pero él no había en ella notado ninguno de aquellos síntomas que indican un hecho así. Era mentira, de seguro no se trataba sino de un nuevo ardid empleado por la astuta para retenerlo a su lado. Sentía él, sin embargo, una comezoncita dentro del corazón. Parecíale que ya su vida tenía un objetivo, iba a ser padre.... ¡Si al menos aquel hijo fuese de la Otra, la Excelsa! Volvíanle aquí sus dudas respecto a su corazón....! ¿Qué hacer? ¿Matarse? Vaya, díjose, a cara o cruz. Si cara: Carmelina, si no, Colombina. Cerró los ojos y lanzó una moneda al aire. ¡Cara! La suerte estaba echada.... Dios diría.

"Querida Colombina." No. Querida no, imposible, luego en la continuación habríala de retirar aquel título. "Mía." Dolióle el corazón extrañamente....

Tampoco. ¿Colombina sencillamente? Sí, lo mejor. Rauda voló la pluma, que había de destruir así dos felicidades....

"Colombina:

"Es de noche y veo desde lejos la ventanita iluminada de tu cuarto, es un gran ojo amarillo que ilumina en su totalidad la veredita por donde hemos paseado juntos y por la cual marchará en breve esta misiva, asesina de mi felicidad y de tu corazón. La luna, que es buena consejera, en esta vez, ha sido ingrata conmigo—a pesar de ser quien soy—y no ha contestado a mis preguntas. Un rayo juguetón cae sobre esta carta y es tan claro, tan suave que no encuentro nada a él comparable sino la luz de tu mirada. Hoy está llena mi alma, por este suave recuerdo, de misteriosas claridades y paréceme por ello, mentira que sean estas líneas lo que son, y que la tinta pinte negro en vez de pintar azul, como tus pupilas, o rosa como tus labios.

Tú eres buena y sabes que es mi corazón pájaro débil que no puede defenderse de los bruscos ataques del Destino. Yo, no soy yo, soy un chiquillo que nació para ser eternamente manejado. ¿No tuviste el tino suficiente o no era tu alma la que podía hacerlo? Esto último me parece lo más cierto, ya que eres, tú también, débil y fina como una extraña florecita de invernadero, una chiquilla que hay que conducir de la mano para evitarle las asperezas del camino. ¿Por qué no lo hice yo? Porque soy, como ya te dije antes, tan débil como tú. Perdóname. Si tú pudieras leer en el fondo de mi corazón que no soy yo quien mando en mí sino que es una voluntad desconocida.... Soy un infeliz. He jugado a la primera carta mi felicidad y no sé si lo que hago redundará en mi beneficio. Yo solo quiero que, después de perdonarme, me olvides y seas feliz....

Para que antes me perdones he de decirte que, si aquí me quedo, es porque Carmelina va a tener un hijo. ¿Comprendes? Un hijo, una señal eterna de mi infamia para contigo pero.... ¿Qué hago yo? ¿Tiene este pobre sér, aun no nacido, culpa de todo ésto? ¿Puedo abandonarlo para que, un día, cualquiera, resulte como su padre un infeliz? Tu cabecita de mujer reflexiva ha de estarse moviendo en sentido negativo. ¡Cuánto hubiera yo dado porque este hijo fuera nuestro y naciera en la felicidad de nuestro nido. No lo sabes tú bien.

Pídote pues perdón nuevamente. Soy flor donde tú, mariposita gentil, libaste un día la miel de un beso que, aunque viviera mil años, no podría yo olvidar, hoy me cierro para tu vida, y creeme que soy mucho más infeliz que tú....

Se feliz, mariposa.

Pierrot."

Cuando hizo el rasgo de la firma, se quedó pensativo. Leyó la carta, no estaba bien, no era aquello lo que él quería decir.... ¿Podría escribir otra? No. Si no mandaba esa, pasarían muchos días antes de escribirla nuevamente, y, talvez, no la escribiría nunca.—Que se vaya así, al fin y al cabo, si he de herirla, mientras antes sea, mejor para ella.

Cerró el sobre, puso la dirección y llamó al criado. Luego salió al balcón y con los brazos caídos con desaliento a lo largo del cuerpo vió cómo se perdía en el final de la vereda, la negra silueta del criado y vió, desde lejos la manchita blanca de aquella carta, donde estaba la felicidad que se iba.... ¿Para siempre? ¡Quizás! A pesar de su aparente conformidad, maldijo al Destino por su mala suerte que había procurado así a Mister Stern tanta fortuna en aquel poblachón, obligándolo a retardar indefinidamente un viaje que debía haber sido—

para salvarlo a él, principalmente de todos los conflictos — breve y sin fortuna.... Mas, ahora de cualquier forma, imposible de todo punto para él, el alejarse, pues lo detenía aquel hijo que venía sin avisar y sin preparación ninguna a este pícaro mundo, tan lleno de falsedades y emboscadas. Pensó en su gesto de un momento antes, arrojando la moneda al aire. ¿Se hubiese ido con Colombina si hubiese caído de otra suerte la moneda....? Dudó un instante.... No. No se hubiese ido. Lo detenía su hijo, que bien seguro estaba que era suyo y a quien no debía dejar abandonado, para que fuese, años después tal como él, un mísero Pierrot de la farándula humana....

DESENLACE

ES medio día y está el jardín borracho de sol. En el ambiente flota una pesadez insoportable, esa enervante pesadez de los días calurosamente dorados, en que los pájaros están mudos y las flores se amustian. . . .

Hay en todo el jardín un silencio de muerte, el tazón del surtidor—que ya no canta—está cubierto de una capa verdosa y triste, las vereditas blancas están llenas de hierbas que crecen descaradamente demostrando que ha mucho tiempo no pasa nadie por ellas. El arroyuelo que antes era adorno bullicioso del jardín ya no se oye correr. Los almendros ya están secos y no hay, en todo lo que se ve, una sola flor.

¿Qué ha sucedido?

El Poeta se siente alejado de aquel lugar y tiene curiosidad de saber que se hicieron las tardes floridas, y los gor-

geos alegres. Va a interrogar al lirio que en igual ocasión satisfaciera su deseo pero, también él ha muerto, apenas quedan, como un recuerdo triste, algunas hojas amarillentas.

¿Qué ha sucedido?

Nadie contesta a la pregunta enormemente dolorosa del Poeta. Sus ojos buscan el carretón farandulero y no lo encuentran.... ¿Ya se fué la farándula? El alma se siente desoladamente sola ante el recuerdo del carretón amigo, que con su traginar de ruedas y de goznes se ha marchado, como los príncipes de los cuentos, en busca de aventuras... ¿Y ellos? ¿Qué se hicieron ellos?

El silencio es aquí más triste y algo como un gemido pasa por el aire.

Un ave negra, fatídica, abre sobre el poeta la enorme tristeza de sus alas agoreras. Por las mejillas pálidas del Bardo, involuntaria y cálida, resbala una

lágrima que va a perderse entre las amarillentas hojas de la hierba.

Hay un suspiro que puebla el jardín de amarguras infinitas, mientras a lo lejos una urraca lanza tres veces su grito chirriante y desacorde.

SE ACABA LA COMEDIA

I.

Lectora: Han pasado seis meses desde que Pierrot escribió a Colombina la carta maldita y despedazó el corazón de nuestra bella amiga y, desde entonces han ocurrido muchas vulgares cosas. Carmelina y Pierrot—que viven juntos —tienen un chiquillo de dos meses que, aunque no tan bello como su madre, tiene unos lindos ojos bobalicones que muestran bien a las claras quién es su padre, viven en aquella casita que se ve a lo lejos, en aquel altozano, rodeada de alegres arbolitos, y llena de luz como una jaula.

Colombina está aun aquí, en el carretón, con el Sr. Stern que no se ha asombrado de nada de lo ocurrido, y que si se hubiera asombrado no lo hubiese dado a conocer, y sigue guardando fidelidad al

Amado, a aquel amado infame que así ingratamente la abandonó una noche de luna....

¡Pobre Colombina! Es demasiado buena y es, por eso, que sufre. Su almita de ángel casto y puro, no sabe de las voluptuosidades de las venganzas sangrientas. Muchas veces las ha tenido en su mano, pero no se ha atrevido a ejecutarlas. ¿Por qué? Ella bien sabe que si se vengara, no podría jamás arrepentirse de ello, y, como es demasiado buena, tiene miedo de ser mala.

Varias veces ha pensado en matarse porque su corazón no la deja vivir tranquila y teme que, si él,—Pierrot—volviese algún día a pedirle perdón, sería tan simple de dárselo.... Señor, señor ¿por qué das a tus siervas un corazón tan débil y por qué pones en los masculinos labios tantas frases de dulce convencimiento....? Su amor era hoy todo, su vida, su sueño, su hijo.... Pierrot tam-

bién tenía un hijo. Una tarde lo había visto y lo había cogido en brazos aprovechando el que la niñera iba sola. ¡Cómo se hartó de besos en aquella carita de manzanita madura, tan parecida a la de Pierrot, y cómo mirábala asombrada la doméstica, ante aquel inexplicable chaparrón de caricias. Lindísimo el nene. Si supiera por qué lo beso, se decía bebiendo a borbotones una dicha que no había probado hacía mucho tiempo.... ¿Por qué se había ella sentido tan feliz teniendo entre sus brazos al fruto del amor maldito, nacido de la otra, su enemiga? No podía ni quería explicárselo. Únicamente sabía que era por bondadosa. Ya una vez el Sr. Stern habíaselo dicho en un arranque de bondadosa ternura, casi paternal:

—Osté ser muy boena, señogita Colombine....

—¡Muy boena!.... Sí, mucho, pero a veces sentíase arder en unos celos horri-

bles y tardíos, y saltaba en su lecho presa de horribles pesadillas.... ¡Oh!.... ¡Cuánto sufría!

Era su vida ahora mucho más aburrida que antes. Apenas distraíase un momento leyendo libros y versos sueltos en algunos periódicos. En todos había ella leído algo que hablase de algún Pierrot enamorado, pero no había ninguno como el suyo. Todos eran buenos y todos eran fieles, siempre, la miserable, la vil, era ella.... ¡Hasta en la ficción había de ser infeliz! ¿Se podía ser así de enormemente desgraciada sin tener culpa alguna....? Tal vez, y, sin talvez, ya estábale probando que sí, su vida misma, tan llena de amarguras y desesperanzas.

¿Si volviese?

Su cabecita loca forjose un sueño dulce de reconciliaciones divinamente alegres y, silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas — antes rosas y ahora lirios — ante la seguridad de lo Imposible....

Véngate. Véngate, gritábale su corazón.... ¿Lo haría? ¿Tendría alguna vez el valor de hacerlo?.... ¡Quién sabía lo que su corazoncito impolutamente casto sabría hacer en un loco arranque de celos!

Asomose a la ventana y divisó a lo lejos la casita florida de los amantes, tuvo su boca un rápido gesto doloroso y sonrió después brillándole los ojos de un modo extraño. Una idea rápida, vívida y luminosa le pasó por la frente sobre la cual caían en confusión maravillosa, los lindos rizos de oro.

Por frente a la ventana, Tom Bull, el compañero de tareas, el hércules magnífico que era a la vez Director artístico del circo, pasó luciendo su corpachón de toro y mirándola con sus suplicantes y acariciantes ojos de buey..... ¡Si ella quisiera, pudiera ser feliz con aquel hombre.... ¡Oh.... Cuántas veces en la semi-oscuridad del camerino la

había asediado con sus frases calenturientas de hombre sanguíneo y fogozo.... cuántas veces había sorprendido en aquellos ojos bobalicones una mirada de odio reconcentrado hacia Pierrot, porque Tom Bull, había sido su confidente, una nochecita clara y azul en que ella se sintió necesitada de un consuelo amistoso....

—¿Quiere Ud. que lo mate? Habíala preguntado sencilla y francamente. Así, mire Ud., y unía sus manotas viriles en formidable apretón que hacíale crugir sus propios huesos... ¿Un apretón?... Permita Ud. que lo haga. Debe Ud. ser feliz. ¿Por qué no? ¿No tenía ella acaso derecho a la vida y a la felicidad? Tenía razón el Hércules.... Había que desasirse de aquel nudo que le retorcía en infinitos lazos, el corazón adolorido.... Pensó un minuto en todas sus amarguras, en que cada beso suyo fué muy caramente pagado por su alma, en sus infini-

tas horas de pena..... ¿Y él, Pierrot? Nada, feliz enormemente habíase prestado a la comedia y a los ruegos de Carmelina para volver al Circo.

Porque fué Carmelina—Tom se lo dijo—quien lo obligó a volver.

—Quiero—le había dicho—que me des una prueba de tu fidelidad hacia mí. Quiero que vuelvas cerca de ella, donde tu gran amor adormecido vibre otra vez, si es que aún existe....

Pierrot luchó, no quería, sabía que yendo la hacía sufrir y un resto de piedad lo detenía, pero los ruegos fueron tantos que, cuando menos se esperaba en la farándula, Pierrot volvió.

A lo lejos, apoyado en un árbol Tom Bull, la contemplaba. Tuvo un arranque. Lo llamó. Necesitaba otra vez un consuelo.... ¿Quién mejor que él, podía dárselo? Feliz el coloso se acercó hasta la ventana y hablaron. Ella vertió otra vez en su oído todas sus amar-

guras infinitas, su sed de paz y de ventura. . . . Sus malditas ideas de venganza. . . .

El hércules entonces, ladino y previsor hubo de sugestionarla con palabras vigorosas y fuertes. . . . Era preciso vengarse. Bien estaba ser bueno y ser dulce mucho tiempo, más un día el cordero debía ser león, de lo contrario la vida sería una interminable cadena de infinitos dolores. . . . No. Ella era bella, debía probar los goces de una vida tranquila y suave. . . . Debía vengarse. . . . También es dulce el placer de la venganza, igual que el del perdón. . . . Alguien ha dicho que la venganza es el placer de los Dioses. Y, si los dioses se vengan, ¿por qué no ella? Hablóla mucho, tanto, tantísimo que la obligó a exclamar:

—Sí, dice Ud., bien, Tom. . . . Debo vengarme. Pero. ¿Cómo?

—Lo mataré—rugió sencillamente.

—No. . . . yo debo vengarme, yo debo destrozar ese corazón que ha destrozado

el mío.... Deme Ud., un medio, cualquiera.... ¡Oh, ahora si me sentiría capaz de blandir serenamente un puñal...

—Si está Ud. dispuesta a todo, yo le daré un medio....

—Oh, sí,.... uno, cualquiera, infalible.

—Bien. Y luego. ¿Me amará Ud.?

—No, todavía no.... No puedo.

—¿Permitirá Ud. que yo la ame, haciéndome feliz.

—Sí.... Sea Ud. feliz al menos, ya que no pude serlo yo.

—Entonces, está bien. Esta noche...

—¿Esta noche?.... ¿Cómo?

—No lo sé aun. Adiós....

—Adiós....

Luego, al verlo alejarse, quiso llamarlo, quiso gritar pero algo cerrábale en un nudo la garganta, ya no quería vengarse, solamente deseaba morirse... En el paroxismo de su dolor, cayó al suelo, retorciéndose en dolorosos e interminables sollozos....

II.

Ante la puerta del circo deteníanse con la curiosidad innata en todos ellos, los pilluelos de la calle a quienes llamaba la atención el gran cartel que impreso en brillantes colores decía:

GRAN CIRCO STERN

Magnífica colección de fieras.
Clowns. Barristas. Prestidigitadores.
Juegos malabares. Trapecios.
Gran Atracción. Gran Atracción.
La célebre pareja cómica
Pierrot y Colombina.
¡Gran éxito de risa! ¡Sensacional!
Ocurrid y gozaréis
enormemente.

No era para menos. Desde hacía varios días anunciábase el debut del circo que venía precidido de fama justa y bue-

na. El público comenzó a llegar desde las ocho de la noche de tal modo y con afluencia tal que ya era el local pequeñísimo para contenerlo. El Sr. Stern, hablando con sus artistas y bebiéndose un bock de cerveza, se consideraba feliz. El éxito lo acompañaba a todas partes. Sentíase contento y capaz de grandes cosas. "Si todo va bien, dijo, arreglaré un contrato que nos producirá mucho dinero."

Fuera, la gente hablaba fuertemente comentando los adornos de latón que lucían las sillas de los palcos, y la irreprochable limpieza de la pista. En uno de los palcos, Carmelina Estévez lucía su divino perfil judaico, y bajo la luz de acetileno, sus grandes ojos negros lucían raramente; su boca, roja y viva como una herida recién abierta estaba plegada en una sonrisa de victoriosa y de feliz.... ¿lo era? Sí. Mucho. Asistía a la función, como siempre, para ver a

Pierrot que, desde algún tiempo a esta parte, parecía más artista. Su sola vista era saludada con aplausos. Sentíase orgullosa de que fuera suyo y le gustaba verse en la calle contemplada más que nunca, por ir del brazo de él. ¿Sus libros? Pts.... Hacía tiempo que no daba una plumada, ni a Agustín mismo habíale escrito ya.... ¿Para qué?

Uno de los clowns salió con ridículas piruetas a anunciar al respetable, que la función daría principio. Su cara llena de manchas de colorete, tenía un aspecto demoniaco bajo la luz. Fué saludado con una carcajada general. La cosa empezaba bien. Salieron luego los barristas, tres muchachos ágiles, españoles, morenos, de magníficas formas de gladiadores antiguos. Su ligereza insuperable, y sus pruebas de sorprendente efecto, electrizaron al auditorio que aplaudió durante largo rato.

Después una chiquilla de quince años

hizo algunas pruebas en un trapecio altísimo con agilidad maravillosa. Su cuerpo de efebo, apenas desarrollado por el trabajo, era muy bello. Su carita de inocencia y de candor llamaba la atención y logró también aplausos.

—El público es nuestro — decía Mr. Stern a Colombina — solo Uds. faltan para dar a la fiesta todo lo que necesita.

Transcurrió lo demás del programa un poco fríamente. El público se cansaba de tanta agilidad y tanta destreza, quería reír. En la galería se inició un molesto repiqueteo de bastones que obligó varias veces al público de los palcos a sisear enérgicamente, al fin, tras la cortina, Pierrot y Colombina, aparecieron.

Iban ambos con los divinos trajes de los ancestrales. Estaban disputando:

—Te digo que no.

—Y yo te digo que sí....

—Que no.

—Que sí.

Tom, el Director del circo apareció inquiriendo la causa del disgusto. Sus ojos encontráronse en los de Colombina y tuvieron un brillo extraño. Ella se extremeció.

—¿Qué pasa?

—Nada—respondió Colombina—que este, por necedad se empeña en decir que yo no sé tirar al blanco. Ud. creo que sabe....

—Sí Señorita, ya se que es una excelente tiradora.

—Mentira, mentira — grita Pierrot, cómicamente.—A mí no me la pegas.

—¿Quieres ver?

—Quiero.

—Señor Director, una carabina cargada y una manzana.

—Perfectamente.

Cuando Colombina recibió de manos del hérculos el arma de salón, un juguetito de finísimo material, se puso pálida repentinamente. Vió en los labios de

Tom una sonrisa cruel, y en sus ojos una mirada de triunfo e inteligencia. . . . ¿Qué pasó por su corazón? . . . Una nube roja le obscureció los ojos. ¡Maldita suerte suya que poníale todos los días en la mano esta venganza! ¿Vengarse ahora? No; no; no tenía valor. Además, como al concluir la farsa nunca servíale la carabina porque el ruido haciéndolo adentro sin que ella tirase del gatillo, estaría descargada.

—Vamos a ver. Deten esta manzana, así, con el brazo extendido, yo, de un balazo, la quitaré de tus manos.

—No lo harás.

—¿Que no?

—No.

—Veremos.

Abrió la carabina como siempre para ver si estaba cargada.... ¡Oh.... ¡Sus ojos vieron la cápsula de cobre brillante y sugestiva. Volviose a Tom que impertérrito y frío contemplaba la escena,

seguro de sí mismo y le interrogó con la mirada. En los ojos de él leyó la respuesta, aquella era la venganza.... Por un instante bajó el arma arrepentida... ¡No; no podía ser....!

Cortó de pronto su silencio y dijo....

—Bueno, mira, si, tienes razón, no sé tirar....

Asombrado Pierrot no dijo nada. El público comenzó a gritar....

¡Que tire... que tire... que tire...

Los ojos de Bull la veían coléricos, acaso por su debilidad. Comprendió por ellos que si no tiraba vengándose ella misma, Tom mataría a Pierrot aquella misma noche.... ¿Podía ella permitir que sufriera Tom, completamente el peso de asesino, nada comparable con su distracción que podríanle achacar a simple y no premeditado descuido.... ¿O era que debía sacrificarse aun? Su sangre por un momento se rebeló.... El público gritaba, rugia al no verse satis-

fecho, pensó ella que acaso aquello no era más que la voluntad de Dios... pensó en él, en su madre que no había conocido, alzó la carabina a la altura de la cara y cerrando los ojos disparó.

Un grito, un enorme y doloroso grito estalló en el circo al ver caer al Payaso trágicamente pálido, todo blanco, todo limpio, y ver cómo en la impoluta blancura de su pecho se había súbitamente pintado una gran mancha roja. Cuando Colombina abrió los ojos, sintió que algo muy grande se le rompía dentro de la cabeza, extendió los brazos hacia adelante y arrancando de junto al moribundo a Carmelina, que desatentada y loca había llegado junto a él, gritó:

—¡Quítate... quítate... yo lo maté porque tú me lo robaste.... Vete, es mío.... es mío....

Respetuosamente, lentamente fué el público desfilando ante el cadáver, mientras el señor Stern, desolado y mudo

arrancaba a Colombina del circo para evitar en lo posible el trágico espectáculo, mientras iba locamente desvariando en su pena la infeliz....

Al fin se la llevaron, entre varios, deshecha en lágrimas y así quedó, solo, un instante, aquel grande asesino de Ilusiones, castigado por su víctima adorable, todo blanco, mudo y trágico, mirando el cielo con los ojos enormemente fijos, como en interrogación, mientras sobre su pecho se iba abriendo lentamente, una gran rosa de sangre....

DEL AUTOR A SU LECTORA

HE aquí, linda lectora de manos de abadesa, cómo concluyó vulgar y tristemente una historia que comenzó de tan dulce manera. ¿Te asombras? No lo creo. Es así la vida y es por ello así mi historia que es, por ser humana, extrañamente triste.

Yo hubiera querido escribirte algo de más fuerza moral, pero no pude porque al intentar hacerlo, las sombras de los dos protagonistas de mi cuento, me lo impedían. ¿No has sido tú, lectora mía, alguna vez protagonista de una historieta así? ¿No piensas tomar venganza igual a la de Colombina?.... ¿No? Haces bien. Yo pienso como tú. No hay hombre que valga una lágrima tuya y menos largas horas de cruento padecer.... ¿Qué dices? ¿Que es lástima que no haya sido Pierrot fiel a la vir-

gencita rubia para hacerla feliz? ¡Ciertamente, amiga mía, eso hubiera sido lo justo y lo natural, pero de ser así, no tendría yo, ahora, el placer de hablar tan sabrosamente contigo, ni hubiera tenido el gusto de conocerte nunca....

—¿Por qué?

—Secillamente, lectorcita de lindos ojos, sencillamente porque si todas las cosas de la tierra siguiesen su orden natural, nadie sería desgraciado, y no existirían los Poetas que son los que cantan al dolor, sin el cual ni es la vida vida, ni hubiera yo escrito el cuento sobre el cual tus ojos acaban de pasar.

Villa Fernanda.

Noviembre-Diciembre, 1915.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACION:

TRILOGIA, (memorias íntimas del Vizconde de Esperia.) Novela.

PAZ. Versos.

HORAS DE FUEGO. Cuentos.

IMPRENTA DE
MARROQUIN HERMANOS
"CASA COLORADA"
6ª Av. Sur. No. 23.—Guatemala.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA CHAPEL HILL
0000321189